



## Materialidad e inmaterialidad del libro en la Edad Media

*Materiality and immateriality of the book in the Middle Ages*

**SILVIA MAGNAVACCA**  
Universidad de Buenos Aires  
CONICET, Argentina

Hay libros que suscitan en nosotros el deseo de una felicidad futura, que alivian las desdichas del presente estado de exilio, que alejan del vicio instilando la virtud, que dan fuerza en las desventuras y que hacen fructífero el transcurrir del tiempo.

Juan Tritemio, *Elogio de los amanuenses*<sup>1</sup>

### Resumen

Después de una breve introducción, este trabajo se articula en tres momentos. En el primero, valiéndose de las Etimologías de Isidoro de Sevilla, se explicitan notas sobre las clases de material con el que se hacían los libros. En el segundo se muestra la importancia del descubrimiento de la lectura silenciosa para la interpretación de lo escrito. En el tercero, se alude a la evolución de esta cuestión en el período escolástico, señalando de qué manera se produce una retroalimentación entre la percepción de significado en los libros, es decir, su inmaterialidad, y la producción material de otros nuevos.

### Palabras clave

*Libro, materialidad, lectura silenciosa, sentido, felicidad.*

Dra. en Filosofía y Letras por la Universidad de Buenos Aires donde es actualmente profesora titular consulta en Filosofía Medieval y del Renacimiento. Registra un centenar de artículos en revistas nacionales y extranjeras. Tradujo para Losada Las Confesiones de San Agustín (segunda edición, 2011). Es autora de una extensa obra de consulta, el *Léxico Técnico de Filosofía Medieval* (segunda edición, 2009) para Miño y Dávila, donde también publicó *Filósofos medievales en la obra de Borges* (2010). Su último ensayo es un e-book editado en México, *En viaje hacia el Renacimiento*.

ORCID  

### Abstract

*After a brief introduction, this work is articulated in three points. In the first, using the Etymologies of Isidoro de Sevilla, notes are made of the kinds of material which were used to make the books. The second shows the importance of the discovery of silent reading for the interpretation of the written. In the third, is alluded to the evolution of this matter in the scholastic period, pointing out how the feedback is produced between the perception of meaning in books, that is, its immateriality, and the material production of new other ones.*

### Keywords

*Book, materiality, silent reading, meaning, happiness.*

**Recepción de artículo:** 3-4-2018

**Aceptación del artículo:** 7-5-2018

1. Monje alemán, nacido en 1461. Matemático, estudioso de las lenguas y los números, astrólogo, a este inquietante personaje se le atribuye la invención de la escritura cifrada, esto es, la estenografía.



Lo que circula entre nosotros, autores y lectores de estas páginas, lo que nos vincula es, efectivamente, un conjunto cada vez más extenso de libros, en cualquiera de las acepciones de esta última palabra: la de su -todavía- materialidad, la de su contenido, la de ese esperanzado abanico de posibles lecturas y aún de diálogo que se abre en cuanto comenzamos a recorrer un índice. Hay otra cosa en común entre nosotros: en segundo término, nos aproxima la pasión compartida por el mundo medieval con sus lábiles inmediateces. Por eso, nos proponemos pasar revista a qué significó, precisamente en la Edad Media, el libro, ese objeto tan querido, y cómo fue asumido por los autores medievales y hasta renacentistas sobre cuyos escritos algunos de nosotros nos inclinamos cotidianamente.

Comencemos por los siglos finales de nuestro itinerario porque ellos nos remiten al principio. En efecto, en el esplendor del período humanístico en el Renacimiento, se relee con atención y hasta deleite a Luciano de Samosata o Samósata, el gran escritor satírico del siglo II, perteneciente a la segunda sofística. Uno de sus más famosos textos es la invectiva "A un bibliómano ignorante", donde escribe:

Aun concediéndote criterio para discernir las hermosas copias de Calino y las que el célebre Ático escribió con cuidado exquisito, ¿para qué te serviría su posesión, si no podrías comprender su hermosura, ni podrías disfrutar de ella jamás [...] los examinas hasta la saciedad y aun los lees de corrido, adelantándote con los labios a la vista; pero esto no basta, si no conoces también las bellezas y defectos de lo escrito, y *el sentido de todas las palabras* [...]

Si la posesión de libros hiciese instruido a su dueño, esa posesión sería de valor inestimable y *"sólo los ricos podríais ser sabios..."*<sup>2</sup>. Digamos, de paso, que el Renacimiento hereda de la última Edad Media, reforzándola, la burla contra la ostentación de acarrear muchos volúmenes, como si eso indicara una cultura muy vasta y conocimientos profundos. Se ve, por ejemplo, en Geta y Birria, personajes de los cantos populares tardomedievales. En efecto, Geta y Birria son servidores de un señor, Anfitrione, quien, con el fin de "ir a aprender Filosofía", abandona esposa y propiedad y parte en compañía de sus siervos, cargados de libros, ya que no de conocimientos. Pero la Filosofía ofrecía por entonces la imagen de reducirse a vacuas disputas dialécticas, cosa que, en el cantar, se muestra a través del gárrulo personaje de Geta: éste se jacta de haberse convertido en un sabio, diciendo precisamente: *¡Sommo loico son!*, después de haber desgranado una serie de dislates sólo en apariencia dialécticos. Cabe consignar también la maldición contra la "Filosofía", así reducida a la vacuidad: *¡Loica! Maledetto sia chi prima mi disse che tu eri il fior d'ogni arte*, ¡Lógica! Maldito sea el primero que me dijo que tú eras la flor de todas las disciplinas. Hasta Maquiavelo cita a estos personajes en la famosa carta a Vettori de diciembre de 1513, cuando dice llevar jaulas como los montones de libros que ellos transportaban<sup>3</sup>.

Pero volvamos a Luciano. Interesa subrayar algunos términos de ese pasaje suyo que citamos y que, como se revela ya desde su comienzo, trata de los libros considerados en su materialidad. Por eso, se habla enseguida de "posesión" y se habla de "copias hermosas", las cuales, a su vez, se diferencian de los originales de autores célebres. Se alude también al precio -seguramente no desdeñable- de los ejemplares que se adquirirían.

Lo fundamental, aquello que, en la concepción de Luciano, escapa al ignorante, es el carácter que tiene el libro de ser *instrumento de transmisión del saber*.

Ya en los siglos altomedievales, si ha habido un autor preocupado por la transmisión de la cultura, es Isidoro de Sevilla. La transmisión es, sin duda, pasión isidoriana por excelencia; de ahí la atención que sus *Etimologías* dispensan al tema del libro en su materialidad, es decir, en tanto vehículo de esa transmisión.

De hecho, ellas dedican buena parte del libro VI a ese tema; más aún, se demoran particularmente en lo que concierne a los materiales de los que el libro está hecho. Así, fija, para toda la Edad Media el léxico correspondiente. Dice, por ejemplo, que el extremo de la pluma con que se escribe está dividido en dos, aunque conservando su unidad, para simbolizar "el Antiguo y Nuevo Testamento, con los cuales se expresa el sacramento de la palabra, difundida por la sangre de la pasión". Es imprescindible recordar aquí una vez más que las *Etimologías* de Isidoro no revisten importancia filológica: su principal valor consiste en la visión del mundo que recibe y que consagra para el resto de la Edad Media.

Sigamos, entonces, con la información que nos procura sobre los términos relativos a la materialidad de los libros. Según él, las caras de las hojas, o sea, las paginae se llaman así porque *compinguntur*, esto es, están unidas. Cada línea que se escribe sobre ellas se denomina "verso", vocablo tomado de las tareas agrícolas: cada línea escrita es, en efecto, como un surco cuando se ara la tierra, que el campesino llama precisamente *verso*.

El *codex*, el libro que consiste en un solo volumen aunque contenga varias obras, se denomina así por *caudex*, que señala tronco y copa de los árboles compuestos de muchas ramas, así como un códice está conformado por muchos libros. La palabra volumen, cuyo significado antiguo es rollo, toma su nombre de *volvendo*, envolver, de hecho -sigue Isidoro- los hebreos hablan del volumen de la ley y los volúmenes de los profetas. Citando nada menos que a Virgilio, Isidoro hace derivar la voz "libro" de *liber*, palabra que originariamente señalaba la membrana que tienen los árboles entre la corteza y la madera<sup>4</sup>. Y efectivamente, en la *Égloga* X, 47, se lee que esa membrana se seca en el alto olmo: *Alta liber aret in ulmo*. Isidoro observa a continuación que fue reemplazada después por los pergaminos de membrana animal, dado que -subraya- son más resistentes. La acotación no es gratuita, si consideramos que proviene de uno de los más grandes nombres de los así llamados "enciclopedistas" del período patrístico, o sea de alguien obsesionado por la conservación del bagaje cultural que se había conseguido reunir y mantener hasta él. Pero para nuestro autor no se trata sólo de funcionalidad, por así decir; advierte también sobre la armonía visual que debe guardar la materialidad del libro, por ejemplo, se explaya sobre la inconveniencia del color blanco, puesto que daña la vista. Leyendo a Isidoro no podemos sino evocar a los griegos y hacer que el libro como cosa palpable cumpla con aquello en lo que ellos creían: que sea bello por ser bueno; que sea bueno por ser bello.

2. Luciano de Samosata 1918, § 2 y 4.

3. Cf. Lanza 1971, cap.1, p. 131.

4. Cfr. *Etimologiae* VI, 12-14.

Con todo, digamos de paso que la navegación por Internet permite saber de una iniciativa que la comunidad católica se dio a sí misma: proponer a Isidoro de Sevilla, el gran autor de las *Etimologías*, como el santo patrono de la red. Es comprensible. Internet no sólo es, como sabemos el inmenso mercado actual de comercio y pasatiempo sino también el depósito más ágil de toda la información disponible.

Y sucede que en su obra más conocida, Isidoro se propuso justamente sintetizar, muchas veces añadiendo elaboraciones propias, los hitos fundamentales de la erudición alcanzada hasta su tiempo, comienzos del siglo VII, en la España visigoda. Apoyado en su vastísima cultura, su lucha contra la pérdida de los manuscritos en el caos de las invasiones y su obstinada pasión por allegar el núcleo de su precioso contenido a contemporáneos y a la posteridad, hacen de él un héroe en la historia del pensamiento.

Volvamos todavía por un momento al aspecto material del libro. Una última observación de Luciano de Samosata nos aproxima a una instancia intermedia entre la materialidad del vehículo que el libro es en sí y la dimensión ciertamente inmaterial a la que él puede llevar. En efecto, recordemos que Luciano mencionaba la costumbre de quienes examinan las páginas hasta la saciedad y leen de corrido. Cabe reparar en esto para no olvidar que no sólo en la Antigüedad sino aun en los primeros siglos del período patrístico la lectura no era silenciosa e individual sino sonora y colectiva. Y es precisamente con el descubrimiento de la lectura silenciosa como, casi en ascensión platónica, el lector se convierte en intérprete, y el libro -ya no como vehículo sino como contenido incorporado- alcanza, en su intelecto y su memoria, cierta forma de la inmaterialidad.

No escapó a la penetración de Borges el descubrimiento que hace Agustín en uno de sus primeros encuentros con Ambrosio de Milán en lo que toca a la lectura silenciosa que éste hacía. Relata el hiponense en sus Confesiones que Ambrosio,

Cuando leía, recorría las páginas con los ojos, y su mente escudriñaba el sentido, pero la voz y la lengua callaban. Muchas veces, estando nosotros presentes, pues a nadie se le prohibía entrar ni existía la costumbre de anunciarle quién venía, lo vimos leer así, en silencio y nunca de otro modo. Después de haber estado sentados largo rato en silencio -¿quién se atrevería a molestar a un hombre tan concentrado?- nos íbamos, suponiendo que él no quería que se lo sustrajera de aquel corto tiempo que dedicaba a fortalecer su espíritu, libre del tumulto de los pleitos ajenos. Tal vez así se cuidaba, temiendo que un oyente, atento y cautivado por la lectura, le pidiera que le explicase algún pasaje oscuro o que disertara sobre algunas cuestiones difíciles, para no emplear el tiempo en esto, ya que entonces no podría leer tantos volúmenes como quería. Aunque acaso la causa más probable de que leyera en silencio fuese el cuidar la voz, puesto que se le debilitaba con mucha facilidad. Cualquiera fuera la intención de aquel hombre al hacerlo así, seguramente era buena.<sup>5</sup>

Se impone hacer un esfuerzo metodológico para adecuar nuestra perspectiva sobre esta cuestión, que dista de ser banal. Tengamos

presente que, de hecho, la lectura silente es tardía en Occidente. Como recuerda Pérez Cortés, en aquel tiempo, y “debido a sus características técnicas, la página colaboraba con la ejecución, pues obligaba a la verbalización. En efecto, la *scriptura continua* no hace visibles las palabras o las frases como entidades autónomas. Las dificultades de reconocimiento que ello provoca hacen que el ojo recurra al oído, que está mucho mejor preparado para aislar e identificar palabras o frases en el flujo sonoro del habla. El reconocimiento de los signos gráficos no es entonces únicamente visual sino también fonético”. Y añade que la lectura de obras filosóficas en la Antigüedad ‘debió ser una actividad colectiva que se realizaba en voz alta, que requería de una preparación previa añadida a una cierta familiaridad con el escrito y una vehemente aunque lenta y fatigosa ejecución declamatoria...’ Esta última conjetura explica la suposición *agustiniana* acerca del ahorro de la voz por parte de Ambrosio. ‘En la Antigüedad, leer en voz alta era producir’<sup>6</sup>, se concluye. Más todavía, señala Saenger que aun en los siglos subsiguientes, durante el período monástico, cuando ya se leía también únicamente para sí mismo, el hábito de articular las sílabas estaba todavía tan arraigado que, aun en esos casos, se leía en voz baja.<sup>7</sup>

Entre las causas de la persistencia de la lectura en voz alta se deben contar también las dificultades en la elaboración material de los códices y, en consecuencia, como decíamos, el alto costo que inducía a compartir su contenido; de ahí que la posesión privada de muchos libros fuera, claro está, signo de riqueza.

Subrayemos que la lectura silenciosa no tiene que ver tanto con la ausencia de sonidos cuanto con un acto de *comprensión* entre lector y autor. De este modo, se asiste durante la Edad Media a un lento proceso de despegue de la materialidad del libro a su significación, aunque sin poder obviar un punto de apoyo, por elemental que éste sea, en la superficie de la página.<sup>8</sup> Veamos las principales etapas de esa evolución.

Desde luego, al hablar de los libros en el Medioevo, se remite con mayor frecuencia a los de la Sagrada Escritura. Fue, en efecto, muy paulatinamente como se pasó de las *voces paginarum*, esto es, de la literalidad de la Escritura a la *ruminatio*, que señala una etapa en la meditación monacal del texto bíblico. La *ruminatio* consiste en el repetir cada uno interiormente y de manera *silenciosa*, en la memoria, las palabras del texto sagrado, considerando sus diversos sentidos posibles. Esto, a su vez, da lugar a la *meditatio*, momento en el que ya no se abstrae ni se contempla, sino que se reflexiona. Se trata de una reflexión que implica el empeño de un espíritu que indaga en profundidad y con perseverancia, para contemplar después. Los autores de la escuela de San Víctor, especialmente Hugo en El arte de leer, *Didascalion*, sostienen: *ex imaginatione cogitatio, ex ratione meditatio, ex intelligentia contemplatio*. Así pues, aun poniendo la raíz formal de la *meditatio* en la razón, estos autores, bajo la influencia agustiniana, no agotan la meditación en el puro raciocinio, sino que involucran en ella el ejercicio ascético del espíritu. Éste, superando la dispersión propia de la *cogitatio*, se recoge en sí mismo en la “*intentio*”, esto es, en la atención, preparándose así para la *contemplatio*, como, sobre las huellas de Agustín, indica Ricardo de San Víctor en *De praeparatione animi ad contemplationem*, 87.

5. Conf. VI, 3, 3.

6. Pérez Cortés 2004, pp. 236 y 238. Subrayado propio.

7. Cf. Saenger 1982, pp. 367- 414.

8. De ninguna manera se está afirmando aquí que dicho proceso comenzó en la Edad Media, desconociendo sus inicios en la Antigüedad. Sólo nos proponemos rastrear las particularidades que asumió en los siglos medievales.

En otras palabras, la lectura silenciosa es condición de la *ruminatio* y ésta a su vez conduce a la exégesis alegórica; más aún, es ya alegoría en cuanto desciframiento de un mensaje que está más allá no sólo del pergamino sino de las letras estampadas sobre él, o sea, de lo literal. De esta manera, estamos ya en el nivel más alto de la inmaterialidad del libro, es decir, en éste concebido como Palabra divina. Recordemos que, para los medievales, dos eran los grandes libros escritos *digito dei*: la naturaleza y la Escritura. Por eso, sólo con el ojo del alma se puede leerlos, o sea, rastrear su significado y ahondar en él.

Ahora bien, a medida que se avanza en los últimos siglos medievales, proliferan los escritos y se vuelve más real aquello repetido por Umberto Eco acerca de que “los libros hablan de libros”: al escribir cada vez más sobre lo que otros escribieron, se establece una suerte de retroalimentación entre la materialidad y la inmaterialidad del libro. Las ideas que surgen y se elevan desde manuscritos no siempre bien pulidos, muchas veces manchados, borrosos o con lagunas inspiran un mundo inmaterial, un universo de conceptos que, a su vez, acaso generen otro volumen.

En el Proemio de su *Comentario a las Sentencias*, Buenaventura da cuenta de las instancias de este proceso, al distinguir entre cuatro términos: *scriptor*, *compilator*, *commentator*, *auctor*. Como veremos, la literalidad de las respectivas definiciones es importante para nuestro tema. En efecto, se lee allí que hay scriptores, es decir, copistas (nótese que Isidoro los llamaba justamente *librarios*), que son los que escriben palabras ajenas, sin añadir -dice Buenaventura- ni cambiar nada. Por su parte, los *compilatores* son quienes escriben palabras ajenas y añaden algo, pero no de su propia cosecha. A continuación menciona a los *commentatores*, a los que presenta como quienes escriben cosas ajenas tanto como suyas, pero con predominio del material de los demás al que se agrega el propio a manera de anexo con fines de aclaración. Por último, en el auctor esta última relación se invierte, ya que el texto bonaventuriano caracteriza al autor como quien escribe algo que proviene principalmente de sí mismo, y después, de los demás, consignando el material ajeno para confirmar el propio.<sup>9</sup> Al comienzo de su *Comentario a las Sentencias* de Pedro Lombardo, lo primero que hace Buenaventura es, pues, reivindicar la condición autoral, esto es, genuina, creativa del maestro. El franciscano señala a continuación que, en cuanto autor, Pedro Lombardo recurre con frecuencia a las *sententiae* de los Padres, o sea, precisamente, a las autoridades, para confirmar sus propios asertos.

De hecho, es opinión común entre etimólogos que *auctor* proviene de *augere*, aumentar.<sup>10</sup> Así, un autor es un creador y, como tal, aumenta, hace progresar el patrimonio de la humanidad. Con todo, la creación propia de un auctor, al menos en la Edad Media, nunca es *ab ovo*. A los autores medievales les asistía cabal conciencia de ser deudores de una tradición. De hecho, ya en el siglo anterior un erudito tan fino como Juan de Salisbury cita el famoso aserto que él mismo recoge de Bernardo de Chartres:

Decía Bernardo de Chartres que somos como enanos a hombros de gigantes. Podemos ver más cosas y más lejos que ellos, no por la agudeza de nuestra vista ni por la altura de nuestro cuerpo, sino porque somos constituidos en altura y elevados por gigantesca grandeza.<sup>11</sup>

Está claro que en este texto, en primer lugar, la grandeza es atribuida a lo que hoy llamamos *antecedentes*, los cuales no se asumen tanto como opiniones a superar sino sobre las que apoyarse. En segundo término, la cita refleja la conciencia de que es precisamente ese punto de apoyo lo que permite una toma de distancia, una perspectiva histórica y, por tanto, una visión más abarcadora que no puede alcanzar un pensamiento que se pretenda absolutamente fundacional. La radicalización del experimento cartesiano es posible justamente porque Descartes *ya no* es un medieval.

La actitud medieval respecto de las auctoritates recuerda una imagen a la que Dante recurre al comienzo de su *Divina Comedia*. Cuando intenta emprender la ascensión del monte que se presenta ante sus ojos, el Poeta dice que al iniciar la cuesta “el pie firme era siempre el más bajo”.<sup>12</sup> La lectura comúnmente aceptada de este verso es la que ya habían propuesto Boccaccio y Benvenuto: la expresión alude a quien está escalando y se apoya en un pie mientras que con el otro ensaya distintos pasos y explora zonas del suelo que parezcan más firmes. En el caso de Dante, la imagen apunta a señalar quizás una ascensión vacilante hacia la virtud. En el que aquí nos ocupa, la imagen dantesca nos es útil para insistir en la firmeza con que los autores medievales se apoyaban en las autoridades -los hombros de los gigantes- para avanzar en la ascensión del conocimiento. Se puede decir que, en general, evitan polemizar con quienes los precedieron en el tratamiento de un tema determinado; la meta a la que cada uno de ellos apunta respecto de ese tema determina la apelación a algunos autores y simplemente el soslayar a otros.

Se fueron generando así, como sabemos, las grandes bibliotecas medievales, vastísimas en su frágil materialidad pero con el arrojo de salir de los muros monacales para llegar a reservorios comerciales en los puertos, a centros de traducción como el de Toledo, y, finalmente, a manos de estudiantes, de maestros y, sobre todo, de bedeles, en las universidades.

Recordemos que la función del bedel general de la universidad era estratégica, dado que oficiaba de mediador entre la ciudad y los estudiantes forasteros y extranjeros. En esta condición no sólo los ponía en contacto con personas confiables que alquilaban cuartos, sino que les recomendaba los libros a comprar al *stationarius*. Los *stationarii* oficiaban de editores y libreros cuya función era proveer a sus clientes de los libros inscriptos en el elenco oficial de la Universidad, por lo cual estaban ligados a ella por el juramento del Estatuto y gozaban de sus privilegios. No es difícil suponer que haya habido casos de venta de obras eventualmente prohibidas y, por ende, más caras, con el consecuente beneficio económico del *stationarius* que, pese a su condición, no era estrictamente hablando funcionario de la Universidad.

9. « *Ad intelligentiam dictorum notandum, quod quadruplex est modus faciendi librum*». *Proemium in librum primum Sententiarum, Quaestiones Proemii*, q. IV, conclusio.

10. Cf. Coromines 2009.

11. “*Dicebat Bernardus Carnotensis nos esse quasi nanos, gigantium humeris incidentes, ut possimus plura eis et remotiora videre, non utique proprii visus acumine, aut eminentia corporis, sed quia in altum subvenimur et extollimur magnitudine gigantea*”. *Metalogicon* III, 4.

12. “... *si che 'l piè fermo sempre era 'l piú basso*, *Inf.* I, 30.



Si se sabe con certeza que el cargo de bedel era muy ambicionado por razones igualmente obvias. Junto con este acopio, clandestino o no, es la inmaterialidad de los diversos significados de los que los libros son portadores lo que comienza a circular y se discute no bien se llega a los últimos siglos medievales. Y ambas cosas, el material bibliográfico disponible y el universo de ideas a las que remite hicieron la gran época de oro del Medioevo.

Precisamente la transición entre el siglo XIII y el XIV asiste a una conciencia siempre mayor del valor del libro. Testimonio de ello es el *Philobiblon* o *el amor por los libros*, obra que redacta el obispo inglés Ricardo de Bury cuya biblioteca suscitó la envidia de su amigo Petrarca, como se lee en las *Familiares* de este último.<sup>13</sup> Escribe allí Ricardo de Bury:

¡Libros!, divertidos compañeros de las jornadas límpidas, consue- los insustituibles en los vaivenes de la suerte adversa. Los libros robustecen la fuerza de los pactos; sin ellos no se pronunciarían firmes sentencias. Las artes y las ciencias, cuyos beneficios no hay pluma que pueda describir, se encuentran todas encerradas en ellos. ¡Cuánta es su fuerza! Extraordinario es su peso, puesto que gracias a ellos se puede llegar a los confines del espacio y del tiempo y podemos reflexionar sobre cosas inexistentes no menos que sobre las que efectivamente existen ... Mediante los libros escalamos las montañas y exploramos las profundidades de los abismos; en los códices vemos especies de animales que nuestra atmósfera no podría siquiera contener; en los libros recogemos con orden las características de los ríos; en ellos excavamos las distintas clases de metales y piedras preciosas, aprendemos a conocer mejor las virtudes de las hierbas...

A continuación, este aristotélico de Oxford se demora en una larguísima y cada vez más admirada enumeración de las maravillas de la Naturaleza que se pueden recorrer en los pergaminos hasta llegar al Motor Inmóvil. Está en consonancia la famosa aseveración que Siger de Brabante inserta en sus *Quaestiones naturales*: "*Cum vivere sine litteris mors sit...*" Más aún, continúa Ricardo,

En el caso de que nos encontremos privados de libertad, usamos los libros como embajadores para comunicarnos con nuestros amigos, les confiamos la defensa de nuestra causa... Gracias a los libros recordamos el pasado, en cierto modo llegamos a prever el futuro y con la escritura fijamos en la memoria el inconstante fluir del presente. ¡Feliz cultura y culta felicidad la de quien lee!<sup>14</sup>

Con todo, este mismo autor -retórico, si lo hay- dedica todo un capítulo, el siguiente, de su *Philobiblon* a sugerir quién debería amar más los libros. Es un capítulo que nos toca directamente, por lo que conviene citar, al menos, su inicio. Dice así Ricardo de Bury:

Quién debe amar más los libros? Aquellos que, para desarrollar con eficacia su propio deber, tienen más necesidad del saber. Más que cualesquiera otros, estos han de demostrar el sentimiento y la gratitud que su corazón nutre por los sagrados custodios del saber.

Y menciona a continuación una breve lista –ciertamente, muy “medieval”- de aquellos que no pueden prescindir de los libros: jueces y maestros, príncipes y prelados y quienquiera tenga a su cargo el bien común.

Sobre el final de la Edad Media, hay una instancia en la que la materialidad y la inmaterialidad del libro se entrecruzan con simbólica perfección. En el canto introductorio a la *Divina Comedia*, Dante habla de un Lebrel, un perro de caza que combatirá los males de su siglo y que será salvación de su patria. Al ofrecer claves para esta profecía, dice "*e sua nazione sarà tra feltro e feltro*". Mucho se ha discutido acerca del significado de este verso que encierra la solución al enigma del Lebrel: se ha intentado la solución geográfica, suponiendo que el gran personaje salvador provendrá, por ejemplo, de una ciudad llamada Montefeltro; se ha visto en esa figura a un papa franciscano, ya que el *feltro* era la tela rústica de la que estaba hecho el sayo; se ha hablado de una figura laica, política, surgida de una votación, puesto que las urnas también estaban forradas de fieltro. Sin embargo, la hipótesis interpretativa que domina hoy es la que ve en el texto mismo de la *Divina Comedia* la salvación, en cuanto que es invitación convincente a la rectificación de costumbres, de rumbo de la sociedad. Esto, no obstante, dejaba sin desentrañar el sentido del verso citado, hasta que uno de los actuales estudiosos de la *Commedia*, Francesco Marino, recuerda que en la Italia de Dante retazos de fieltro eran intercalados entre los pergaminos para acelerar el secado de la tinta.<sup>15</sup> En este caso, hay, pues, un entrecruzamiento, mejor aún, una identificación entre la materialidad de un libro y la inmaterialidad de su profundo sentido en el que los lectores se encontraban. Gracias a éste atravesó los siglos hasta nosotros, siendo objeto de innumerables copias. Es, efectivamente, todo un símbolo.

13. Cf. *Fam.* III, 1.

14. Se ofrece una traducción propia de estos pasajes, pertenecientes al breve capítulo XV, según la edición crítica fijada por A. Altamura 1954.

15. Se trata de una investigación aún no concluida, por lo que no forma parte de un texto. Con todo, es fundamental para nuestro tema: cfr. Cavallo 1977.

- Altamura, Antonio. Riccardo de *Bury. Philobiblon*, Napoli, Fausto Fiorentino Libraio, 1954.
- Buenaventura, *Opera omnia*, I-X, ed. pp. Collegii a S. Bonaventura (Quaracchi 1882-1902).
- Cavallo, Guglielmo. (ed.), *Libri e lettori nel Medioevo*, Bari-Roma, Laterza, 1977.
- Coromines, Joan. *Breve diccionario etimológico de la lengua castellana*, Madrid, Gredos, 2009.
- de Hipona, S. Agustín. *Confesiones*, Versión, retocada, de la traducción de Magnavacca, S., Buenos Aires, Losada, 2005.
- de Samosata, Luciano. "Contra un bibliómano ignorante", en *Obras completas de Luciano*, trad. de F. Baráibar y Zumárraga, Madrid, Hernando, 1918.
- de Sevilla, S. Isidoro. *Etimologiae*, Edición Bilingüe, BAC, Madrid, 2004.
- Lanza, Antonio. "La' berta della loica'", en *Polemiche e berte letterarie nella Firenze del primo Quattrocento*, Roma, Bulzoni, 1971.
- Pérez Cortés, Sergio. *Palabras de filósofos: oralidad, escritura y memoria en la filosofía antigua*, México, Siglo XXI, 2004.
- Saenger, Paul. "Silent Reading: its Impact on Late Medieval Script and Society", *Viator* XIII (1982) 367-414.